

Las decisiones de Ofelia

A. Donis



LAS DECISIONES
DE OFELIA

A - DONIS

Capítulo 1

- Me di cuenta... -

Un poco tarde, tal vez.

Me di cuenta que estaba metida en un lío. Porque cuando dos hombres llegaron a mi casa con las intenciones claras y al verse el uno al otro como queriendo estallar una batalla justo entre la sala y la cocina sin importarles cuantas personas habían, sin recordar que estaba justo frente a ellos y cinco personas esperando por mí en el patio de atrás.

Dos contrastes tremendos en ese pequeño espacio, Tony contra Fernando. Tony en su usual traje oscuro, corbata a juego con camisa blanca, de barba espesa, oscura al igual que su cabello peinados lo más perfecto posible viéndose natural y sedoso, su personalidad fría, calculadora, siempre aparentando que todo estaba perfecto aunque era más costumbre del trabajo que algo muy propio; Fernando por su parte dejaba que sus camisas de manga corta oscuras, con flores tropicales dejaran ver sus brazos trabajados, el pantalón de mezclilla usualmente azul oscuro o negro, su cabello negro tenía un degradado y se dejaba mechones más largos arriba para peinarlos hacia a un lado aunque dejaba a veces que unos pequeños mechones se salieran de lugar para un aspecto "más natural".

Tony tenía la piel pálida aunque saludable, labios finos y rara vez sonreía. Fernando sonreía mucho más, algunas veces se dejaba ver apenas la barba y bigote, cosa que resaltaba sus labios un poco más gruesos. Tony calculaba sus acciones, incluso pensaba sus palabras; Fernando a veces hablaba sin pensar y la mayoría de veces actuaba sin hacerlo tampoco.

Así que ahí estaban ellos dos, Fernando viendo a Tony. Ambos con el ceño fruncido, sin quitar la mirada del otro, con mil palabras en la boca, pero no iban a hablar hasta que el otro lo hiciera, una guerra no declarada, un ambiente tan espeso que en cosa de nada saldría neblina para cubrir todo el apartamento.

Y yo, el tercer punto del triángulo, con las manos enredadas en una toalla de cocina empapada por haber terminado de limpiar el lavaplatos, estaba frente a ellos dos, con la mente por completo en blanco, boquiabierta. Lo primero que asaltó mi mente fue la pregunta del millón de dólares "¿Cómo me metí en este lío?" y al instante, como si rebobinara una película las imágenes aparecieron rápidamente en mi cabeza hasta llegar a tres años

atrás, 2018.

Tenía yo veintiséis años, recién graduada de la universidad, pero sabiendo perfectamente que había elegido mal la carrera. Muy pocas cosas me gustaban de todo lo que aprendí y por suerte valían lo suficiente como para pensar que no había perdido el tiempo. No había tenido trabajo durante los años de estudio a insistencia de mis padres, yo callada como siempre nunca encontré el momento ni la forma de exigir independencia, quería trabajar aunque no sabía en qué porque solo sabía que mi carrera no me había gustado.

Y como colonia española post independencia, traté por todos los medios de buscar por mi cuenta, pero nuevamente la Corona vino a mi rescate enviándome al centro de la ciudad. Directo al Hotel D'arget, un edificio que parecía ser de otra época aunque por la ubicación no podían darse el lujo de tener piezas de arte originales. En el lobby principal habían varios conjuntos de sillones y sofás elegantes por sus oscuras telas adornados con hilos plateados y la decoración hacía que lo nuevo se mezclara con lo antiguo de una manera casi mágica que hacía suspirar.

En la recepción pedí ayuda, amablemente me dieron una tarjeta blanca con una banda negra atrás, me indicaron el camino con señas y me dieron un croquis del lugar. Aunque no lo creas en este piso, después del pasillo de elevadores había un pasadizo que te llevaba a un callejón en "U" aunque realmente parecía una "Y", se llamaba "Portalito" y habían bar-restaurantes, ventas de artesanías, joyería, materiales de arte y lo que ocupaba gran espacio en la parte derecha era el restaurante cuyo gerente era el hijo del dueño del hotel, Anthony D'arget.

El suave sonido del elevador y la voz de una señora me despertaron de la admiración por el lugar. Me volví y agradecida sonreí a la amable mujer que iba con un enorme jarrón con flores blancas y amarillas.

— ¿Le agrada el olor? Están frescas... o bueno, eso dicen — dijo ella sonriendo —. Soy Gloria, por cierto, trabajo para el señor D'arget y su esposa, mañana es su aniversario, pero siempre el señor adelanta las flores para la señora.

Creo que Gloria se sorprendió por lo callada que estaba porque me vio unos segundos luego el número que marqué, como si eso fuera explicación suficiente, me dijo:

— ¡Ah! Serán los nervios que esté tan callada, muchachita. No se preocupe, seguro sí tiene el trabajo, se ve que es buena niña.

— Gracias, señora Gloria. Soy Ofelia Ducissa.

— Duchisa...

Gloria repitió en susurro, tratando que no escuchara, pero siempre ocurría lo mismo, el nombre no era común y el apellido mucho menos. Pero por suerte el sonido del elevador sonó de nuevo, dejé que Gloria pasara primero, salí después no sin darle las gracias y desearle buen día me fui para la parte de las oficinas, al lado derecho.

La secretaria estaba sentada, se le notaba tensa, su rostro muy atractivo aunque las líneas en su frente dejaban más que obvia su preocupación y frustración con su trabajo.

— Buenos días, señorita. Vengo con el señor D'arget, soy Ofelia...

— Duchisa — dijo viendo mi identificación, verificó en su computadora y dio su fingida sonrisa —. En un momento el señor D'arget le atenderá, por favor tome asiento y le llamaré.

— Gracias...

Me fui al juego de sala a su izquierda, los muebles cuadrados de cuero negro y la mesa al centro haciendo juego, parecía mármol aunque no lo era porque tenía unos peculiares brillos plateados y grises claro mezclado con negro. No era la parte hospitalaria del hotel, me hice la idea de tratar de no volver a sentarme allí a menos que me despidieran porque incluso el frío era peor allí que afuera.

— Licenciada Duchisa... — dijo la secretaria saliendo de una enorme puerta de madera oscura — el gerente D'arget le atenderá ahora.

Capítulo 2

- Oficina D'arget -

La secretaria se sentó y dejó salir un largo triste y pesado suspiro. No me vio cuando empujé un poco más la puerta para entrar y de inmediato me vi en uno de los espejos de la pequeña antesala al despacho.

Había allí una mesita rectangular con dulces blancos con rayas rojas envueltos en celofán transparente, todos dentro de un recipiente negro con detalles plateados. Encima había un gran espejo ovalado, el marco con un aire de barroco hacía juego con la mesa y el recipiente. Me vi, casi no me reconozco en esa blusa de manga larga color blanco, con un labial rojo oscuro y los ojos delineados, mis rizos hasta los hombros y con frizz que por suerte ese día se habían dejado peinar. Estaba presentable, podría decir que rozaba lo elegante aunque para muchos era solo una muchacha que aprovechaba su figura aunque no era delgada y que tenía labios gruesos, con mejillas que me hacían ver que estaba a punto de entrar a la universidad cuando ya había salido.

Di unos pasos más, no me gustaba cuando el tacón se escuchaba en el piso, por eso prefería tacones corridos o gruesos y algo bajos. No era muy necesario usarlos porque gracias a mi padre, superaba la altura promedio de 1.60 metros.

Me acerqué al escritorio, a unos pasos de las sillas frente al mueble donde el señor Anthony D'arget firmaba unas hojas sin prestarme atención aún.

— Por favor, tome asiento. Permítame unos segundos... — dijo alzando la vista y volvió a firmar rápidamente los papeles que quedaban mientras yo admiraba la oficina.

En medio de la oficina había una alfombra azul marino que iba desde el centro hasta la pared detrás del escritorio decorado tan detalladamente que parecía una pieza de arte. Esa pared también azul marino estaba custodiada por dos delgadas columnas pintadas de gris claro al igual que el resto de paredes; la que estaba a mi derecha tenía los títulos universitarios en alemán y español, a la izquierda estaba el cuadro de la Libertad y otro de La Virgen de las rocas. El escritorio estaba muy ordenado, la computadora portátil a la izquierda del señor D'arget, los papeles firmados iban en una carpeta beige claro a su derecha, la pluma tenía su sitio en un cuenco de madera al lado del computador y un rectángulo azul marino con base café donde él apoyaba los documentos

para firmar o corregir.

— Disculpa la demora, Ofelia. Lucrecia me trajo unos papeles a último momento ¿En qué puedo ayudarte?

— No se preocupe, señor. Mi padre me dijo que viniera hoy aunque no especificó bien... bueno, no me dijo nada más que la hora y venir a buscarlo.

— Es verdad... — dijo buscando algo en su computadora, leyó unos segundos y me vio con una sonrisa como cuando un abuelo atrapó a la nieta en una travesura.

El rato se fue hablando sobre que me había graduado y qué era lo que podía hacer sobre eso, por consejo de mi madre y con unos ahorros que tenía pude en ese momento enseñarle un portafolio con los trabajos que más me enorgullecían. El señor D'arget siguió la conversación mientras seguía viendo cada página; tengo que admitir que por alguna razón sentía que el corazón, incluso el estómago, se me iban a salir en cualquier momento.

— ¿Cuándo puedes empezar? — dijo mientras cerraba el portafolio y lo devolvía.

— Hoy mismo si se requiere, señor — traté de no parecer nerviosa, pero el señor D'arget se rio.

— Me agrada esa actitud. Agradezco que tengas ese libro enorme con tus trabajos, para la gente como yo, la tecnología... no es tan buena amiga. Dile a Lucrecia que te indique el procedimiento y empiezas a trabajar en cuanto acabes con todo.

— Sí, señor. Muchas gracias.

Luego de un firme apretón de manos salí y fui con la secretaria, ese día se podría dar por terminado y al siguiente tenía que ir a una entrevista, polígrafo, llevar toda la papelería que me había enviado por correo. Esta vez la sonrisa de Lucrecia fue más sincera que la anterior, desde ese día me recibió de mejor manera.

No voy a decir que era la mejor en la promoción, porque sería mentira, era promedio aunque bastante organizada, tenía todo con etiquetas, buena ortografía, buena letra. Por suerte no estaría sola, un grupo pequeño de diseñadores en el área de recursos humanos que no solo se encargaba de publicidad, de las redes, sino que a veces éramos como asistentes del resto del departamento u otros, pero eso nos servía para

nuestro trabajo también. Secretos de diseñadores.

Al final del octavo día, que era viernes, los demás compañeros me llevaron al restaurante del hotel para celebrar, parecía que era un tipo de costumbre que había iniciado el actual dueño para que sus empleados se sintieran bienvenidos.

— No te preocupes si no te llenas, podemos ir por hamburguesas, tacos o pizza después, es viernes después de todo — dijo Rosa, una chica más bajita y su cuerpo era más ancho que el mío, usaba gafas aunque las de ella tenían un aspecto más de la década de 1960 a comparación de las mías: rectangulares, marco grueso y negro.

— Acabo de escuchar que vamos a trabajar la imagen del restaurante también — dijo Jeremy, un chico de cabello muy corto, rubio y cuyo iris verde con toques avellana llamaba la atención —. Ah, sí... Ofelia, pasa que nosotros no manejábamos eso, lo hacía una agencia aparte, pero... aquí entre nos, el chef Andrew tuvo una "discusión" muy fuerte con el equipo de la agencia y quitaron el contrato. Así que viniste en buen tiempo.

Rosa en todo el rato había visto a Jeremy como si fuese lo mejor que se podía admirar. En silencio tocó el botón del elevador y nos hizo pasar en silencio tocando el botón de "L" para ir al lobby o primer nivel y tomar camino a la izquierda para ir al restaurante.

Ya nos esperaban Hortensia, Magda, Eduardo y Mauricio. Las dos chicas eran de recursos humanos junto con Jeremy y el resto diseñadores. Faltaban tres para completar el grupo, pero preferían volverse con sus familias porque tenían niños menores de diez años.

La mesa se nos preparó al lado de una de las enormes ventanas que dejaban ver el pequeño jardín, la calle peatonal y el resto de edificios del centro. Más lejos de nosotros, en las mesas cuyas sillas eran acolchadas como sillones estaba el dueño rodeado de tres hombres en traje. La "hostess", Scarlett, era una chica pelirroja, delgada y de rostro atractivo con labios no muy gruesos aunque tampoco finos, cejas pobladas, blancos dientes cueles perlas y cualquier corte le favorecía aun si se quitara todo el cabello.

También vi que un hombre serio, en traje azul oscuro se acercaba a ellos seguido de dos meseros que llevaban botellas de vino. Él tenía mechones castaños, cada uno en su sitio; sus cejas pobladas, labios finos, mirada profunda y porte elegante en cuanto salía de un pequeño pasadizo del que también salían los meseros con los platos.

— Deja de ver mucho, Ofelia o pensarán que te gusta el hijo del jefe... —

me dijo Hortensia antes de comer otro bocado.

— Perdón...¿Cómo..?

— El hijo de Anthony D'arget, el hombre de traje que va de aquí para allá, es Tony. La pelirroja que lo sigue como cachorrito es Scarlett.

— Escuché a Claudio, uno de los cocineros, que ella sigue enamorada de Tony aunque él la rechazó hace como año y medio porque...

Jeremy no terminó de susurrar porque el señor D'arget y su hijo se acercaban a la mesa.

— Buenas tardes, señoritas... jóvenes ¿Dan la bienvenida a nuestra nueva diseñadora? — preguntó el señor D'arget, la sonrisa era tan amable que incluso su blanco y espeso bigote se movió en las comisuras. Él al igual que su hijo, tenían el cabello perfectamente cortado y peinado — Creo que el rumor ya les llegó, ¿verdad? Confío en que con ustedes lograremos tener mejor publicidad para el restaurante. Bienvenida, Ofelia, de verdad esperamos te sientas en casa.

El señor D'arget se acercó a mí, me levanté con cuidado y le di la mano agradeciendo la bienvenida. Luego su hijo Tony hizo lo mismo y le vi hacer algo que en todo el rato que estuvimos allí, nunca hizo: sonrió. Una sonrisa amplia, amable y sincera acompañada de un firme agarre de sus manos con la mía.

Cuando me senté nuevamente todos trataban de no reírse y es que yo no había entendido el chiste ¿Tenía la cara manchada de comida? ¿O el maquillaje corrido?

— Nada de eso — dijo Rosa cuando subíamos con Hortensia —, sino la forma que mirabas a Tony y como él había tomado tu mano mientras te decía "Bienvenida".

— Ah... no... no entiendo...

— ¡Por Cristo! — dijo Hortensia riendo y tomando mi mano estando ya las tres dentro del elevador. Mis dedos estaban entre la mano izquierda de ella, la derecha sobre el dorso de la mía y acariciaba con su pulgar mis nudillos — Solo faltaba que te besara la mano e hiciera un camino de besos hasta tu cuello.

— O labios... No puedo dejar de pensar en la cara de Scarlett cuando los vio, el algún momento sentí que iba a soplar fuego.

— Ustedes dos... tienen una enorme imaginación.

Me reí mientras recuperaba mi mano. Pero, algo me decía que Rosa en su actitud de eterna romántica no me dejaría olvidar lo sucedido y Hortensia, quien rozaba los cuarenta, con dos hijos y buen esposo, sabía perfectamente de lo que hablaban.

Y sí, la verdad es que me negaba, no creía gustarle a alguien, menos porque no había estado en una relación, no sabía cómo era y solo había querido seguir ocupando mi mente con estudios.

Capítulo 3

- Esa sonrisa -

Noviembre empezaba y con ello el clima se alocaba más. Habían días que parecía verano en el desierto con el sol quemando antes del mediodía aunque por ratos soplaba el viento muy fuerte; otros días sin sol, un cielo gris amenazando con lluvias, truenos hasta relámpagos, pero la lluvia llegaba en la noche.

Rosa, mientras tanto, sufría con sus vestidos. Su baja estatura combinada con sus curvas pronunciadas la dejaban poder lucir sus vestidos inspirados en la década de 1950 aunque la comodidad no estaba del todo, usaba sus abrigos delgados y gruesos, se los quitaba para luego usarlos otra vez. En cambio los hombres en el departamento se subían las mangas tres cuartos o hasta los codos, podían ponerse su saco o abrigo. En cambio Hortensia, los otros tres padres de familia y yo, estábamos preparados por si llovía, por si hacía calor o no.

En estos días tan locos llegó un correo. El colegio donde estudié haría una reunión en un restaurante para las ex alumnas desde el año que salí de allí hasta cinco años antes. Pedían confirmación, si llevaría invitado y la talla de 'hoodie' o suéter que era. Una petición extraña, la verdad. La reunión sería el sábado primero de diciembre.

Desde ese momento, por algún motivo, Hortensia estaba de un lado a otro, apenas podía sentarse. Llegó miércoles y ella seguía en las mismas, pero por suerte ese día que por el destino me dijo que si podía quedarme un poco más y que no llevara auto, ella misma me llevaría a la puerta de mi casa. Admito que todo aquello me dejó intranquila, quería saber ya de qué trataba todo eso.

Y lo supe. Cinco minutos antes de las cuatro de la tarde Hortensia me pidió irme con ella mientras los demás iban apagando las computadoras no sin dar las últimas revisiones a los trabajos del día. Hortensia se veía más calmada aunque mientras íbamos saliendo del departamento, soltó un pesado suspiro.

— ¡Ay, Ofelia!.. — dijo como sabiendo que me esperaba algo fatal y al ver mi rostro con los ojos muy abiertos, se rio — Tranquila. Es que tenemos un nuevo proyecto o cliente, no sé bien como llamarlo, pero desde mañana se suma el restaurante a nuestra larga lista de quehaceres — se inclinó hacia mi —. El chef Andrew tuvo una discusión nada agradable con el el equipo de la agencia que les trabajaba la imagen, hubo golpes y si no

hubiese llegado Tony, seguro el hotel tendría una demanda millonaria.

— Entiendo eso, pero... no el que haya tanto secreto o que me llamas así aparte de los demás...

— Los D'arget nos esperan con el chef Andrew. Por algún motivo sé que puedes hacer que ese hombre colabore y no haga un drama de una sesión de fotos a sus platillos o que rompa y tire el menú a nuestra cara. El hombre es insoportable.

El transcurso en el elevador me enteré de la vida del chef: era huérfano, había tenido una novia, un hijo con ella, pero se quedó solo y sin explicación. Tony lo había apoyado desde que trabajaba como cocinero aunque se había alejado de su eterno amigo desde que desapareció, las cosas volvían casi a la normalidad cuando el chef tuvo una nueva novia. Desde hace unos meses la única interacción de esos dos es por trabajo.

Sentí una mala espina al escuchar lo último porque por la forma que Hortensia lo decía, no sonaba como que Tony fuese un amigo celoso... era como si me dijera "Tony quería estar con Andrew, pero era rechazado olímpicamente".

— No desanimas, chiquilla.

— ¿Desanimarme?

— No me engaña tu expresión pensativa, estuve allí. Escucha, hazme caso, si un hombre no te ve como una joya y no te trata como reina para que lo trates como rey, te vas de allí porque otro que sí sepa, te conquistará todos los días.

— No sé a qué viene, pero tomaré el consejo. De verdad gracias.

— Ay, Ofelia...

Me dio unas palmaditas en la mejilla justo cuando sonaba que estábamos en el primer nivel. Fuimos directo al restaurante donde Scarlett nos esperaba, nos llevó a la mesa donde estaban el chef Andrew cruzado de brazos y una taza de expreso frente a él; el señor D'arget a su izquierda, luego Tony, Hortensia y yo... justo al lado de Andrew, una versión igual de colérica que el famoso chef inglés.

Mientras iban pasando los minutos, el chef era más ameno, tranquilo, se reía y contaba con vergüenza sus experiencias con fotógrafos o cualquier creativo que se metiera a hablar de lo que hacía. No me di cuenta en qué momento pasó, solo sentí que Hortensia se había movido y asumí que fue al baño, había regresado sentándose a mi lado así que me volví para que me apoyara en decir como hacía el equipo para los proyectos. Pero me

llevé una sorpresa.

Cuando quiero comentar algo a una persona a mi lado, por algún motivo llevo mi mano a rozar con el brazo o le toco para hacer una pregunta, una petición. Esta vez hice esto último pensando que era mi jefa... Imagina, mi rostro cambió a mil colores en cosa de segundos, el corazón se me detuvo en cuanto vi esa hermosa sonrisa de labios finos; sentí luego que las mejillas hervían de caliente cuando sentí su tibia mano sobre la mía que se había puesto fría. Era Tony a quien tenía a mi lado.

Hortensia estaba hablando con el señor D'arget y su esposa frente a nosotros tres, sin darse por enterados o bueno, conociéndola, seguramente era su idea el cambio de lugares. Pero me rescató cuando escuchó ese breve silencio y se dio cuenta de que estaba en apuros, rescató incluso la conversación logrando que Andrew aceptara todo, Tony nos dejaba ir en cualquier momento y hacer nuestro trabajo, incluso si era jueves, su día libre, llegaría lo más pronto posible.

Hortensia se fue sonriendo todo el camino sin decirme nada, se le veía tranquila era como si le hubiesen aumentado el sueldo, pero evitó a toda costa hablar del tema diciendo que ya me daría cuenta en su momento.

Capítulo 4

- El desayuno -

El sábado primero de diciembre llegó rápido, faltaban quince minutos para las nueve de la mañana y estaba a dos calles del restaurante donde sería la reunión de ex alumnas.

En el estacionamiento había un grupo de mujeres que esperaban su turno para entrar; mi hermano me dejó cerca y para entonces ese grupo había sido reducido quedando solo tres delante. Me pidieron nombre y año de graduación para luego dejarme pasar.

Mientras me adentraba buscaba a mi grupo de amigas, vi a varias ex compañeras de curso con sus parejas, otras solteras. Fui donde estaban dando bebidas, la barra que usualmente ofrecería licores o cocteles ahora daba jugo de manzana, naranja y té o café. Pedí un té de manzana y canela mientras me sentaba a esperar un poco, revisar si alguna había enviado un mensaje que no vi.

No había nada en el teléfono ni llamadas ni mensajes. Solo sentía que había alguien muy cerca, bastante cerca...

— Hasta que encontré a alguien...

Di un brinco al escuchar eso y sentir una mano en mi hombro, me volví a mi izquierda viendo a Julia sentándose en el banquillo. Su vientre estaba abultado, la blusa que llevaba dejaba que se viera entre los suaves pliegues y el color rosa pálido daba un aspecto más tierno a mi amiga.

— Me asustaste... pero es una buena sorpresa...

Dije tratando de calmarme y luego me reí con ella. Me contó que aunque aun no habían tenido planes de tener hijos, la sorpresa del embarazo fue más que bienvenida, Julia y su esposo Mynor estaban más que felices con la llegada del bebé fuese niña o niño.

Mientras hablábamos llegaron las demás, salimos al jardín porque la vista a la ciudad era impresionante y había menos gente fuera. Así hicimos, pudimos hablar cada una de lo que habíamos hecho en esos años. Julia había estudiado comunicación y diseño, trabajaba para una universidad en el área de administración; Irma iba a ser médico, pero su embarazo a media carrera hizo que ella y su esposo se enfocaran en su hijo y darle lo mejor. Teresa era psicóloga, trabajaba para una entidad del gobierno, Carmelia era ingeniera ambiental y estaba con una ONG. Y yo, como era

de esperarse, estaba en diseño y trabajando para un hotel.

Los minutos pasaron, los chismes, rumores, las historias hacían que el tiempo se fuese como agua entre las manos. Cuando sentimos mucha gente empezaba a irse, decidimos ir a otro sitio para comer porque el mediodía estaba cerca, con eso el hambre. Nos levantamos en grupo, pero mientras tomaba mis cosas vi que Teresa e Irma estaban hablando en susurros mientras buscaban a alguien.

Irma, por alguna razón, siempre sabía quién era quien, las historias de cada uno incluso de los dueños del colegio. Asumí entonces que le contaba algo de eso a Teresa.

— Señorita, no se olvide de pasar a la mesa en la entrada. El colegio les tiene unos presentes.

Una muchacha joven, que supongo era "hostess" del restaurante, me habló sonriendo amablemente y de misma forma le agradecí. En el camino no vi a ninguna, creí que ya habían pasado incluso antes de acercarse aunque no recordaba haberles visto nada además de sus abrigos o bolsos... bueno, no puse atención, la verdad.

Me coloqué detrás de un grupo de mujeres y detrás se colocó alguien que luego comenzó a hablar. Hubo algo extraño en ese momento porque sentí un aroma que se me hizo familiar.

— ¿Ofelia?

— ¿Mande? — me volví hacia atrás viendo a Sylvia, detrás Alicia y junto a ellas un hombre moreno.

Sylvia y Alicia se veían como si fuesen a ir a una boda o algo similar, muy formales y con maquillaje que resaltaba sus facciones más bonitas del rostro. El hombre que estaba con ellas era alto, con el cabello recortado de forma que tuviese ese degradado que muchos se hacen, el camino a un lado y los brillosos mechones negros peinados perfectamente. Su vestimenta era más casual, la camisa azul con estampado de flores aunque solo se veía la silueta, el pantalón de mezclilla. Toda su vestimenta era para hacer lucir su cuerpo atlético, incluso las mangas cortas parecían que iban a rasgarse en cualquier momento. Por suerte no se dejaba el rosario al cuello o abrochaba la camisa dejando tres botones.

— Soy Sylvia ¿Me recuerdas? Ella Alicia. Creo que a él no lo conoces, es Fernando, mi primo.

— Si, claro que te recuerdo, doctora — exageré un poco la última parte porque sabía que ya había recibido su diploma de médico cirujano —

¿Cómo va todo?

— Ah, cansado — suspiró ella riendo luego —. Pero a ellos les va mejor que a mi. Alicia es de diseño también, Fernando ya va más adelantado en medicina.

Fernando explicó algunas cosas que, para ser sincera, entendí solamente que estaba iniciando su clínica con otro compañero que era pediatra, él era otorrinolaringólogo, le había costado decidirse.

— ¿Te ayudo? — se interrumpió Fernando mientras tomaba mi bolso.

— ¿Me ayudas, Fer? El mío está muy pesado — dijo Alicia extendiendo su mano con su bolso hacia él..

— Sí, claro, te ayudo.

Fernando había dudado unos momentos, pero fue caballero y tomó lo que le daban aunque el bolso no pensaba nada. Sylvia le dio la espalda por unos momentos a Alicia viéndome y haciendo muecas de desagrado por lo que hacía. Ya luego se volvió a su sitio como si nada hubiese pasado, yo me aguantaba la risa.

Llegamos por fin, recibimos las bolsas de regalo que traían una agenda del colegio con stickers, las mismas que dan a las alumnas; un anuario del año y una "hoodie" corinta con blanco y una fina línea amarillo-naranja con el escudo del colegio en la parte izquierda a la altura del corazón. Todo en bolsas de papel café con frases motivadoras escritas con lettering.

Capítulo 5

- Diciembre -

Este mes fue agitado y extraño. Disfruté bastante hacer parte del proyecto de publicidad con temática navideña aunque al inicio el chef Andrew no quería, luego a suavizar su actitud cediendo a un tipo de masterclass sobre platillos de la época propios de la ciudad, de otras partes del país y de varios otros sitios como Londres, Rio de Janeiro y demás.

Tony estaba cada vez que podía, los jueves estaba de inicio a fin aunque siempre callado en una esquina donde no se interpusiera con nosotros. Saliendo a nuestro rescate junto a la esposa del chef para que este se calmara cuando había un malentendido cuando se iban a hacer las tomas o explicarle que no íbamos a tocar sus platillos, mucho menos forzarlo a usar un gorro navideño.

— Relájate, Andrew. Solo harán una tope de que colocas la hoja de menta sobre el helado de vainilla. — le decía Tony haciendo notorio su acento español.

— De acuerdo... Bien... pero sin gorros navideños de ningún color y que todo esto se vaya cuando acaben... y limpien mi cocina — decía el chef caminando de un lado a otro detrás de la larga mesa de aluminio donde estaba un postre.

Helado de vainilla sobre un pedazo de brownie perfectamente cortado, decorado con líneas de caramelo y unas diminutas hojas de menta como decoración. Ese postre me llamaba a gritos o bueno, lo deseaba muchísimo en ese momento. Pensaba en preguntar si lo podía tomar al terminar las tomas, pero justo después... justo antes de preguntar a Hortensia y al chef, Tony lo tomó y se lo llevó. Hice una mueca sin que nadie se diera cuenta, era un "ni modo, otro día será".

Empezamos a quitar las luces, los cables, guardamos las cámaras; las luces navideñas y el árbol de alambre plateado con joyas falsas que eran el fondo. Quitamos y limpiamos la nieve artificial. Nos aseguramos que el lugar estuviese tan limpio como había pedido el chef Andrew que Hortensia y yo nos quedamos para que él revisara, nos diera el visto bueno y nos fuéramos de allí para él iniciar su trabajo.

— Una disculpa, Hortensia. Andrew tiene sus formas, pero por suerte las

tenemos a ustedes...

— Perdonen...

Me disculpé dejando a Tony y Hortensia hablar, mi celular había sonado justo en ese momento. Un número desconocido, pensé que sería algún banco ofreciendo sus préstamos o tarjetas de crédito.

— Hola ¿Ofelia? Soy Fernando. Espero no te moleste que me hayan dado tu número ¿Cómo has estado?

— ¿Perdón?

— Fernando, el primo de Sylvia... nos vimos el sábado...

— ¡Ah, sí! No se escuchaba bien, disculpa... dime ¿En qué te ayudo? — pregunté en automático.

— Bueno... — dijo él sorprendido — iba a invitarte al restaurante del hotel donde trabajas, pero parece que cierra los jueves, entonces tal vez puedo llevarte a otro lado ¿Qué dices?

— Digo que... viniste justo a tiempo... justo iba a salir a comer por aquí cerca y quizás te puedas unirte.

Sin avisar, corté la llamada. Había salido del restaurante y tenía a Fernando frente a mí. Noté su ceño fruncido en el reflejo de la ventana, pero él se volteó con el rostro iluminado por una sonrisa complacida. Se acercó y me abrazó apenas dándome tiempo a reaccionar, incluso me dio un suave beso en la mejilla.

— Ofelia, preciosa, escucha... quiero ir a comer contigo, pero sin nadie más, sin compañeros del trabajo. Vamos a otro lado, te gustará.

No me dio tiempo de responder, me tomó de la mano bajando las tres gradas que separaban el Portalito de la calle donde estaba su lujoso auto para dejarme entrar cerrando él la puerta suavemente. Fuimos a un restaurante que no conocía y estaba un poco alejado de la ciudad, la comida era bastante similar a la del D'arget aunque con diferencias marcadas.

Fernando hablaba, preguntaba con interés, me contaba de él, de ser médico; me preguntó sobre diseño. Admití que a media carrera no me gustó, pero meforcé a seguir hasta terminar aunque me había dado cuenta que no me apasionaba eso, no me llenaba. Fernando calló parte de sus opiniones, tan solo volvió a decir que por mi juventud tenía todavía

oportunidad de experimentar otra vez.

La comida no fue tan mala, incluso el chef se acercó a saludar a varias personas, nosotros incluídos. Fernando no dejó por nada que yo pagara tan siquiera las bebidas o el postre, todo lo pagó él. Me llevó hasta el hotel nuevamente, al mismo sitio donde nos habíamos visto. Se despidió dándome un beso en la mejilla nuevamente y una vez entré al Portalito, se fue.

Creo que llegué con cara de asustada a la oficina porque la única que estaba allí era Rosa. Me vio y se asustó preguntando al momento si estaba bien o enferma por algo que había comido, le conté lo que había pasado, que seguro seguía en estado de sorpresa. Ella no dijo mucho, solo me dio un té de manzanilla con algo de azúcar "para endulzar el susto" agregó resaltando su lado maternal.

— Ofelia ¿A ti te agrada Fernando?

— ... — me quedé muda unos momentos — No lo sé, la verdad es que no lo sé. Lo conocí el sábado y hoy lo volví a ver.

— Ya veo, ve con cuidado, ¿sí? No vayas a sufrir mal de amores también.

Me quedé viendo a Rosa, su rostro redondo, su usual flequillo peinado en un rizo hacia dentro ahora estaba liso, todo su cabello liso hasta los hombros. La mirada tan alegre hoy era de un par de ojos llorosos, el labial fucsia era rosa mate y ya no tenía delineador o mascara. Había estado llorando al menos unos minutos antes que llegara.

Me dijo que le había dicho a Jeremy sus sentimientos, lo mucho que le gustaba, pero él no respondió. Ni correspondió ni rechazó, simplemente no respondió y salió corriendo con sus cosas dejando a la pobre muchacha con más preguntas que respuestas.

— ¿Es por qué soy gorda? Soy fea por eso, ¿verdad?

— Rosa... no, aquí nadie es una modelo de Victoria's Secret. Todas tenemos nuestras libras extra.

— ¿Tú crees qué pueda ser como tú?

— ¿Cómo yo?..

— Hay dos hombres detrás de ti y si comparas con Jeremy, ellos dos son mejor partido, cualquiera de los dos.

— No sé mucho al respecto, pero te diré que el hombre que te merezca realmente, te hará sentir como que todo valió la pena, hasta las lágrimas tristes y todos los sapos que debiste besar...

— Ay, Ofelia... esta es la vida real...

— Y en la vida real mereces que te respeten, te den tu lugar. No porque estás soltera o con un hombre eres invisible.

Quince minutos pasaron volando, pero Rosa tuvo de nuevo brillo en sus ojos, se empoderó y comenzó su proyecto personal de amarse a si misma como era, con sus libras extra, su rostro redondo y sus gafas de secretaria de 1950.

Me sentí satisfecha al verla sonriendo, no soy psicóloga y tampoco le hablé de "ser feliz a toda costa", pero al menos la vi más contenta con su cuerpo luego de esa dura y difícil conversación.

Capítulo 6

- ¿Celos? -

Las fiestas se dieron como siempre, tranquilas y con la pirotecnia que iba de norte a sur. En casa podía verse todas esas luces a medianoche para luego dar los abrazos y comer, los regalos ya eran pocos porque eran solamente para los niños. Navidad y Año Nuevo se festejaban así (en Año Nuevo no hay regalos).

En esos días Fernando no se hizo presente como había estado haciendo, no llamaba, no enviaba mensajes por redes sociales ni siquiera de texto, nada. Para alguien como yo, eso realmente no afectaba mucho sino que sentía tener más tiempo. Tony es hombre de pocas... poquísimas palabras, realmente las conversaciones cortas eran solamente para trabajo.

Con los primeros días de 2019 Hortensia se fue relajando, cada vez que me veía se le notaba tensa aunque nunca daba explicaciones, trataba de no quedarse sola conmigo al contrario de Rosa quien hablaba más, se le iba viendo más feliz e incluso mientras pasaban las semanas sus ropas cambiaban a tallas menos.

— Me siento mucho mejor ahora, ¿sabes? Luego de lo que hablamos tenías razón en todo y busqué más ayuda. Sé que no voy a llegar a una talla cero, pero estoy aprendiendo a valorarme y se siente muchísimo mejor que mendigar migajas de atención — decía Rosa con una sonrisa enorme en el rostro —. Te lo debo, de verdad.

— Claro que no, no me debes nada. Tú has hecho todo, yo solo te di el empujón que faltaba.

— Exacto, es decir... solo recibía críticas y era siempre la amiga fea del grupo por ser gorda. Ahora tengo citas y no me siento mal al decir "no".

— Me siento feliz al verte tan contenta, cambiada para bien, disfrutando por ti...

— Ey, las necesitamos un rato... — dijo Jeremy entrando y viendo a Rosa directamente unos momentos — la... señora D'arget acaba de venir.

— Ya vamos — dijo Rosa.

Jeremy se fue, esperamos ya no se viera y nos reímos por su reacción y es que él estaba ocupado en unos cursos, los días de fiesta no le habíamos visto al menos nosotras.

— ¿Quién es la señora D'arget? — dije al aire recordando que el dueño era viudo y que Tony... ¿estaba realmente soltero?

— No lo sé, es la primera vez que escucho de ella, llegué unos días antes

que tú — respondió Rosa también con la duda —. No pensarás que Tony se casó y en secreto, ¿o sí?

— Llevo un mes sin ver al gerente del restaurante, si me habla es exclusivamente para trabajo.

— Eso explica...

Rosa se quedó pensando mientras llegaba el elevador a nuestro piso. Volteé por el camino dándome cuenta que simplemente la había seguido sin decir nada. Las puertas metálicas se abrieron y entramos, solo nosotras dos.

— Aprovecho para decirte que durante diciembre Scarlett estuvo más que insistente con Tony. Incluso, en una de mis citas los vi a unas mesas de donde yo estaba. Scarlett por supuesto estaba increíble, se reía y todo... pero si no supiéramos como es Tony alguien diría que también estaba disfrutando.

— ¿Cómo es eso?

— Sí, es que ya sabes... Tony podría ganarse un premio de mejor actor. Pero Hortensia es su mejor amiga y por eso supe distinguir que pues... las sonrisas de Tony no fueron como las que te da a ti... Y no lo digo porque eres mi amiga.

No tuve mucho tiempo para poder digerir lo que me había dicho, pero en mi cabeza ya empezaba a correr la idea que en cosa de semanas Tony se había casado en secreto porque ninguno de nosotros fue notificado para hacer alguna publicidad o algo al respecto, tampoco que él se iba de viaje o algo similar aunque mi cabeza me decía que su ausencia de diciembre era por eso y que la "señora D'arget" era Scarlett quien me vería con odio... Ya sentía que para el viernes me llegaría una nota de despido o peor... ese mismo día.

Rosa no habló, no era mucho lo que teníamos que bajar, íbamos incluso al área de suite VIP donde el resto ya estaba allí. A medida que nos acercábamos sentía que mi estómago estaba tenso, que en cualquier momento podría vomitar, tenía las manos heladas incluso. Me acerqué al grupo, estaban sentados en los sillones hablando, riendo, todavía no había llegado la señora.

— La señora D'arget, Margaret Anastasia D'arget — anunció un hombre en traje gris oscuro.

Las puertas de la habitación se abrieron dejando pasar a una elegante mujer. Alta, delgada, elegante en todo sentido de la palabra porque se vestía sobria, con algunos colores que resaltaban aunque no en contraste; sus joyas llamativas aunque discretas en diseño y no llevaba muchas, apenas un anillo de pequeños diamantes. Se sentó con la espalda recta

sin tocar el respaldo, sus piernas hacia un lado cruzadas por los tobillos.

Al ver todo eso, mis compañeros se sentaron lo más correcto que podían, estiraron sus sacos, pantalones, los hombres aclararon su garganta. La señora sonrió al ver el pequeño alboroto que había causado, pero notó que Rosa y yo éramos quienes no nos habíamos movido porque desde el inicio nos habíamos sentado bien.

La mujer se quitó el sombrero dejando ver un sedoso cabello hasta los hombros, su cabello tan similar a... al dueño del hotel. Habían facciones similares a las de Tony, así que seguramente ella tendría una bonita sonrisa.

— Ustedes deben ser el grupo de creativos, ¿verdad?

— Sí, señora — dijeron los hombres tratando de no ser obvios en su asombro.

— Bien, bien. Los felicito por presentar el hotel como una joya y no un utensilio de plata viejo que ya no le sirve ser pulido.

— Gracias, señora.

Quince minutos se pasaron rápido. Yo me había calmado tremendamente desde que vi su plateado cabello, la señora Margaret tenía un rostro único, no le noté arrugas ni en las comisuras de los labios. Tampoco tuve necesidad de hablar por los hombres o porque Hortensia explicaba todo lo que hacíamos.

— Díganle a Rupért que les doy el resto del día y el fin de semana para disfrutar del hotel como huéspedes VIP. Creo que lo tienen más que merecido.

Luego de una ronda de murmullos y agradecimientos, nos levantamos llevando algunos una raza vacía pues ella había mandado por té o café y postres mientras hablábamos creyendo que tardaríamos más tiempo.

— Ofelia, querida... ¿Podrías quedarte, por favor?

— Sí, señora — dije regresando con mi taza vacía.

Rosa había salido preocupada, pero al salir le contaría. Uno de los meseros tomó mi taza dejado que siguiera hasta donde me había sentado, pero la señora dio unas palmadas al brazo del sofá a su lado. Me acerqué y al instante volvieron a servirnos café con unas galletas de mantequilla recubiertas con chocolate.

No sentí que fuese a regañarme, a despedirme o alguna cosa así aun si fuese para eso que me quería junto a ella.

— Eres una Ducissa, ¿cierto?

— Sí, señora. Un apellido extraño, creo que significa duquesa.

- Eso es cierto, Ofelia, tienes dos nombres agradables. Saluda a tus padres de mi parte, ¿sí? Diles que hicieron bien en que vinieras.
- Sí, señora. Pero... ¿puedo saber por qué lo dice?
- Chiquilla... — dijo la señora riendo suavemente — no solo por tu carisma con el grupo, sino porque mi sobrino ha sido otro desde que viniste, especialmente en diciembre.
- Perdone, señora. En diciembre apenas vi al señor Anthony.
- Lo sé, querida.

Capítulo 7

- Margaret -

Las fiestas se dieron como siempre, tranquilas y con la pirotecnia que iba de norte a sur. En casa podía verse todas esas luces a medianoche para luego dar los abrazos y comer, los regalos ya eran pocos porque eran solamente para los niños. Navidad y Año Nuevo se festejaban así (en Año Nuevo no hay regalos).

En esos días Fernando no se hizo presente como había estado haciendo, no llamaba, no enviaba mensajes por redes sociales ni siquiera de texto, nada. Para alguien como yo, eso realmente no afectaba mucho sino que sentía tener más tiempo. Tony es hombre de pocas... poquísimas palabras, realmente las conversaciones cortas eran solamente para trabajo.

Con los primeros días de 2019 Hortensia se fue relajando, cada vez que me veía se le notaba tensa aunque nunca daba explicaciones, trataba de no quedarse sola conmigo al contrario de Rosa quien hablaba más, se le iba viendo más feliz e incluso mientras pasaban las semanas sus ropas cambiaban a tallas menos.

— Me siento mucho mejor ahora, ¿sabes? Luego de lo que hablamos tenías razón en todo y busqué más ayuda. Sé que no voy a llegar a una talla cero, pero estoy aprendiendo a valorarme y se siente muchísimo mejor que mendigar migajas de atención — decía Rosa con una sonrisa enorme en el rostro —. Te lo debo, de verdad.

— Claro que no, no me debes nada. Tú has hecho todo, yo solo te di el empujón que faltaba.

— Exacto, es decir... solo recibía críticas y era siempre la amiga fea del grupo por ser gorda. Ahora tengo citas y no me siento mal al decir "no".

— Me siento feliz al verte tan contenta, cambiada para bien, disfrutando por ti...

— Ey, las necesitamos un rato... — dijo Jeremy entrando y viendo a Rosa directamente unos momentos — la... señora D'arget acaba de venir.

— Ya vamos — dijo Rosa.

Jeremy se fue, esperamos ya no se viera y nos reímos por su reacción y es que él estaba ocupado en unos cursos, los días de fiesta no le habíamos visto al menos nosotras.

— ¿Quién es la señora D'arget? — dije al aire recordando que el dueño era viudo y que Tony... ¿estaba realmente soltero?

— No lo sé, es la primera vez que escucho de ella, llegué unos días antes

que tú — respondió Rosa también con la duda —. No pensarás que Tony se casó y en secreto, ¿o sí?

— Llevo un mes sin ver al gerente del restaurante, si me habla es exclusivamente para trabajo.

— Eso explica...

Rosa se quedó pensando mientras llegaba el elevador a nuestro piso. Volteé por el camino dándome cuenta que simplemente la había seguido sin decir nada. Las puertas metálicas se abrieron y entramos, solo nosotras dos.

— Aprovecho para decirte que durante diciembre Scarlett estuvo más que insistente con Tony. Incluso, en una de mis citas los vi a unas mesas de donde yo estaba. Scarlett por supuesto estaba increíble, se reía y todo... pero si no supiéramos como es Tony alguien diría que también estaba disfrutando.

— ¿Cómo es eso?

— Sí, es que ya sabes... Tony podría ganarse un premio de mejor actor. Pero Hortensia es su mejor amiga y por eso supe distinguir que pues... las sonrisas de Tony no fueron como las que te da a ti... Y no lo digo porque eres mi amiga.

No tuve mucho tiempo para poder digerir lo que me había dicho, pero en mi cabeza ya empezaba a correr la idea que en cosa de semanas Tony se había casado en secreto porque ninguno de nosotros fue notificado para hacer alguna publicidad o algo al respecto, tampoco que él se iba de viaje o algo similar aunque mi cabeza me decía que su ausencia de diciembre era por eso y que la "señora D'arget" era Scarlett quien me vería con odio... Ya sentía que para el viernes me llegaría una nota de despido o peor... ese mismo día.

Rosa no habló, no era mucho lo que teníamos que bajar, íbamos incluso al área de suite VIP donde el resto ya estaba allí. A medida que nos acercábamos sentía que mi estómago estaba tenso, que en cualquier momento podría vomitar, tenía las manos heladas incluso. Me acerqué al grupo, estaban sentados en los sillones hablando, riendo, todavía no había llegado la señora.

— La señora D'arget, Margaret Anastasia D'arget — anunció un hombre en traje gris oscuro.

Las puertas de la habitación se abrieron dejando pasar a una elegante mujer. Alta, delgada, elegante en todo sentido de la palabra porque se vestía sobria, con algunos colores que resaltaban aunque no en contraste; sus joyas llamativas aunque discretas en diseño y no llevaba muchas, apenas un anillo de pequeños diamantes. Se sentó con la espalda recta

sin tocar el respaldo, sus piernas hacia un lado cruzadas por los tobillos.

Al ver todo eso, mis compañeros se sentaron lo más correcto que podían, estiraron sus sacos, pantalones, los hombres aclararon su garganta. La señora sonrió al ver el pequeño alboroto que había causado, pero notó que Rosa y yo éramos quienes no nos habíamos movido porque desde el inicio nos habíamos sentado bien.

La mujer se quitó el sombrero dejando ver un sedoso cabello hasta los hombros, su cabello tan similar a... al dueño del hotel. Habían facciones similares a las de Tony, así que seguramente ella tendría una bonita sonrisa.

— Ustedes deben ser el grupo de creativos, ¿verdad?

— Sí, señora — dijeron los hombres tratando de no ser obvios en su asombro.

— Bien, bien. Los felicito por presentar el hotel como una joya y no un utensilio de plata viejo que ya no le sirve ser pulido.

— Gracias, señora.

Quince minutos se pasaron rápido. Yo me había calmado tremendamente desde que vi su plateado cabello, la señora Margaret tenía un rostro único, no le noté arrugas ni en las comisuras de los labios. Tampoco tuve necesidad de hablar por los hombres o porque Hortensia explicaba todo lo que hacíamos.

— Díganle a Rupért que les doy el resto del día y el fin de semana para disfrutar del hotel como huéspedes VIP. Creo que lo tienen más que merecido.

Luego de una ronda de murmullos y agradecimientos, nos levantamos llevando algunos una raza vacía pues ella había mandado por té o café y postres mientras hablábamos creyendo que tardaríamos más tiempo.

— Ofelia, querida... ¿Podrías quedarte, por favor?

— Sí, señora — dije regresando con mi taza vacía.

Rosa había salido preocupada, pero al salir le contaría. Uno de los meseros tomó mi taza dejado que siguiera hasta donde me había sentado, pero la señora dio unas palmadas al brazo del sofá a su lado. Me acerqué y al instante volvieron a servirnos café con unas galletas de mantequilla recubiertas con chocolate.

No sentí que fuese a regañarme, a despedirme o alguna cosa así aun si fuese para eso que me quería junto a ella.

— Eres una Ducissa, ¿cierto?

— Sí, señora. Un apellido extraño, creo que significa duquesa.

- Eso es cierto, Ofelia, tienes dos nombres agradables. Saluda a tus padres de mi parte, ¿sí? Diles que hicieron bien en que vinieras.
- Sí, señora. Pero... ¿puedo saber por qué lo dice?
- Chiquilla... — dijo la señora riendo suavemente — no solo por tu carisma con el grupo, sino porque mi sobrino ha sido otro desde que viniste, especialmente en diciembre.
- Perdona, señora. En diciembre apenas vi al señor Anthony.
- Lo sé, querida.

Capítulo 8

- La verdad -

Había pasado una semana desde que conocimos a la dueña del hotel, hermana del señor Anthony Rupért D'arget. Había estado notoriamente callada en esos días, mis compañeros se dieron cuenta, pero nadie se animaba a preguntar qué había hablado con la señora Margaret.

Eso hasta que Rosa se quedó a propósito conmigo y mientras guardaba sus cosas en su bolso a la velocidad de un caracol, habló sin algún tipo de aviso mientras yo cargaba nuevamente la página de correo sin tener nada nuevo.

- Tu sabes bien que a las cuatro de la tarde nadie te enviará nada si no es publicidad... - dijo en un tono suave colocando su pequeño bolso en su antebrazo izquierdo.

- Es cierto... - solté un suspiro, pero antes de decir cualquier cosa Rosa interrumpió.

- Has estado rara desde que hablaste con la señora D'arget, todos nos dimos cuenta, pero nadie ha tenido ña valentía suficiente para... bueno, queremos saber si te regañaron, te despidieron...

- Nada de eso, no... - pasé mis manos sobre mi regazo como cuando se quita el sudor frío de las manos por los nervios - ella me confesó algo que no sé como tomar...

Rosa, de alguna forma entendió y me llevó con ella a una cafetería, por suerte ambas vivíamos a poca distancia así que nos podríamos sentir seguras al hablar.

Le dije todo lo que la señora Margaret me dijo sobre Tony desde el día que lo conocí o bueno... ese cálido saludo. Me había dicho que sonreía más a menudo cuando se topaba por "accidente" conmigo en los pasillos, había sido él quien pidió estuviera con la excusa de mi carisma en el proyecto y resultó lo mejor posible. Tony incluso comía mejor, comía más aunque siempre con cuidado sin darse el lujo de subir de peso por su puesto y lo que se esperaba de él. Pero aquel primer jueves de diciembre, había pedido al chef Andrew que hiciera ese postre para mí y como el video sería de un postre que cualquiera pudiera hacer, era la mejor opción así que al terminar lo guardó para dármelo...

... Y sí, como sabrás para entonces que me había ido con Fernando ¿Cómo resultó eso? Pues Tony se comió el postre, completo. Había ordenado comida rápida y la comió toda sin pensarlo dos veces junto con unas botellas de licor terminando abrazado a la taza del baño donde su tía lo

encontró por suerte.

- Espera... ¿Cómo que "accidente"?

- Bueno, según la señora Margaret, Hortensia le dijo nuestros horarios y la rutina se hace costumbre así que ya sabía por donde ir o como. No era casualidad verlo en el elevador, en el lobby o terminando el cigarrillo... él no fuma...

- Eso suena raro...

- ¿De acosador? Tal vez, pero ¿No ocurre que un enamorado hace locuras?

- Cierto y soy culpable - dijo Rosa riendo porque sabía perfectamente que ella era así -. Entonces le gusta verte caminar o algo... Me pongo en su lugar y creo que haría lo mismo, amiga... no es el único que se ha volteado a verte... yo lo he visto.

- ¡Rosa!

Volvimos a reír por un rato, lamentamos lo que Tony había sufrido por mi culpa, pero aquello dejaba todavía preguntas por resolver aunque si tenía suerte, Hortensia respondería o tal vez él mismo.

Al día siguiente, sábado, tuve la noticia que un amigo de la universidad, Alejandro, se iba a casar. Luego de habernos dicho al pequeño grupo, vi que lo subió a sus redes sociales y un nombre entre tantos resaltaba "Fernando Villacorta". En esta red social no lo tenía agregado y podía notar claramente como llamaba la atención de las mujeres con sus fotos sin camisas o mostrando algo de su trabajado torso.

Le pregunté a mi amigo si lo conocía y en efecto, Fernando había sido compañero de su hermana mayor que era médico. Pero dijo algo que no me esperaba "él antes no era así, de hecho era tan flaco que casi podías contarle las costillas; bastante pálido porque no salía de su casa aunque la actitud siempre la tuvo".

¡Qué pequeño es el mundo!

Y qué noticias tan inesperadas tuve estos días, pero no de boca ellos sino de terceros.

Casi como si el destino coordinara, saliendo yo uno de aquellos días del trabajo, se apareció Fernando tal como el primer día. Sonriendo, con planes para el fin de semana, hablando de ellos como si hubiese aceptado, pero nunca preguntó si podía o quería ir. Por suerte no estábamos en su auto sino caminando a un café por un encargo que yo tenía y él aceptó caminar conmigo.

— Será increíble, la vista es preciosa y hay piscina, a unos metros la playa de arena blanca...

Hizo énfasis en el color de la arena, aquí la arena es negra por los volcanes y las playas están en el sur. Además, no soy de ir a la costa, soy una persona que prefiere el frío y obviamente el chocolate caliente.

— Amelia, en serio... te va a encantar el lugar — Fernando me vio y frunció el ceño — ¿Qué pasa?

— Me llamo Ofelia...

— ¿De verdad harás esto? No puedo creerlo. Vengo a invitarte a uno de los lugares que más me gustan y reaccionas así por un nombre.

No respondí, no porque no pudiera sino porque no iba a colaborar con una escena tonta en público. Nunca me gustaron las discusiones así que no iba a empezar aquí. Fernando me dejó sola, regresó por el camino murmurando sus enojos y pateando los basureros.

Hice mi encargo y volví al hotel, pensando en volver a casa cuando vi que el chef Andrew y su esposa Ana me esperaban fuera, ambos querían hablar conmigo. Decidimos que Ana sería la primera así que fue conmigo hasta la oficina donde esperaríamos a Andrew, no querían que Tony los viera por algún motivo.

— ¿Es para ti? — Ana señaló las dos porciones de pay de banana y crema chantilly.

— No, para mi madre y para mí, nos gusta bastante.

— Oh... — dijo ella como queriendo sacar todo, pero sin saber por donde empezar, se notaba en su rostro.

— Quieren hablar sobre Tony, ¿verdad? — ella asintió — sé que... me había guardado un postre y desde ese día ya no volví a verlo por ningún sitio así fuese por casualidad real. La única comunicación que tuve con él, eran los emails donde aprobaba el trabajo que hacíamos.

De hecho esos trabajos les llamábamos piezas gráficas, artes finales, además de otros nombres dependiendo de donde se iban a publicar, pero no quería llenar la cabeza de tecnicismos.

— Es verdad. Tony había estado de muy buen humor por dos meses hasta diciembre. No es la primera vez que enfrenta un rechazo, pero sí la que le ha dado más fuerte. No te culpo de nada, obviamente él no habla sobre eso con nadie y no es como que tú tuvieras que cuidarlo.

— Gracias por decirlo...

Iba a hablar, pero Andrew me interrumpió, el pecho le subía y bajaba como acabara de terminar una maratón, en su mano izquierda tenía el blanco delantal, nos miraba turnando la vista entre ambas que estábamos sentadas cerca tan tranquilas.

— Ya lo sabe.

— ¿Quién te dijo? — exigió el chef.

— La señora D'arget — dije sabiendo que contra esa fuente no podía hacer o decir nada en contra.

— Ah... — respondió y calló un momento — Saliste con un tipo alto y moreno, pero regresó antes molesto como una fiera enjaulada y regresaste después...

— Estoy bien, gracias. Hubo una discusión: asumió que iba a ir con él a la playa cuando nunca me preguntó, confundió mi nombre y cuando le corregí se enojó.

— Qué horror, lamento el mal rato — dijo Ana con empatía y viendo a Andrew como sabiendo perfectamente sobre ese temperamento. Andrew por su parte se había callado, se había sentado y soltó un suspiro pesado lleno de culpa.

— Lo sé, lo sé, mi actitud es pésima, lo asumo. El trabajo es estrés constante, a veces días sin dormir aunque no lo tomen como excusa. Pero voy a decir dos cosas y una no porque Tony sea mi amigo... la primera ¿Qué le hiciste a mi amigo? Y la segunda, aléjate de ese tipo.

Les dije que no sé que hice a Tony, que mis acciones nunca fueron con la idea de herirlo porque tampoco sabía que ocurría sino que él había cortado la comunicación casual aunque no es como que hubiese mucha. Ellos sabían que era cierto, Andrew admitió estar preocupado porque no había visto a Tony tan... bueno, bien dicen que los ojos son la ventana del alma y Tony estaba roto por dentro.

Andrew se regresó tranquilo al restaurante. Pero Ana me acompañó y confesó que realmente, desde una pequeña azotea en el segundo nivel del restaurante ella y su esposo habían visto todo lo mío con Fernando incluso recibió una multa por haber aparcado frente al Portalito que eran calles peatonales.

Capítulo 9

- Caos -

Las lluvias de mayo habían llegado aunque al ser un país tropical, el clima no era como decían en los pronósticos. Eran días en los que no sabían conducir o no tenían un auto, deseaban con toda gana tenerlo para ir en calma a sus hogares pues las estaciones se llenaban también con la gente que solo iba de paso y buscaba refugio.

Ana me había dicho que por el momento dejara las cosas como estaban con Tony, cuando todo estuviese en calma seguramente él mismo hablaría conmigo. No sé si eso era normal en relaciones amorosas, pero estaría bastante agradecida de hablar las cosas con claridad aunque para serte sincera ni yo sabía qué estaba claro y qué no. Ana se rio diciendo "ustedes tres son peculiares, bastante peculiares a decir verdad", eso me gustó porque realmente nunca he querido ser normal y aburrida.

Fernando había llegado casi todos los días, me esperaba afuera del lobby y me guiaba hasta su auto aparcado a unas calles del hotel. Había sido como un acuerdo silencioso desde la primer lluvia de mayo, no había llevado auto porque tenía unos planes en mente que por el clima ya no hice y solo quería regresar a casa. Fernando me vio, me ofreció llevarme y acepté; todo el camino estuvo en silencio dejando la estación pasar las canciones una tras otra en un volumen que dejaría hablar cualquier cosa y cuando habían anuncios abría la boca, pero al instante la cerraba sin saber qué decirme. Así fue los siguientes días...

... Hasta que en una de esas veces empezó a reír sin explicación alguna. Luego me contó que recordó las primeras citas, se disculpó por aquella escena en el café diciendo que estaba emocionado que conociera uno de sus lugares favoritos. En una de las calles cuando el semáforo se puso en rojo, pude sentir que estaba tenso aunque estaba viendo mi celular por las llamadas perdidas de mi padre.

— ¿Ofelia? — dijo en tono muy serio.— Dime... — respondí alzando la vista hacia él, pero... no esperaba lo que iba a suceder.

Fernando me tomó con ambas manos la cabeza, con sus dedos sostenía mi nuca para que yo no me moviera hacia atrás o algún lado negando su beso. Sí, así como leíste, me dio un beso de esos que al final te dejan sin respiración y con el labial corrido por la barbilla, con los labios de él manchados por igual. Reaccioné con el ruido del claxon de los autos de atrás dejando que poco a poco mi mente se invadiera del recuerdo de lo que acababa de ocurrir.

— Límpiate, tus padres preguntarán qué te pasó si te ven así — me dijo con una sonrisa enorme. Hice de inmediato lo que me dijo bajando la visera del auto y moviendo la pequeña puertecilla que hacían encender las luces amarillas. Fernando veía hacia la acera, seguía sonriendo con su actitud de triunfador.

Al llegar a casa mi padre salió a recibirme. Fernando se bajó y me abrió la puerta justo después de estacionar su auto frente a la casa, saludó a mi padre, al rato salió mi madre. Se quedaron hablando un gran rato con él, varias veces le ofrecieron entrar a beber café que yo preparaba bastante bien según ellos. Pero se fue. Mis padres entraron hablando maravillas de él mientras yo sentía una sensación bastante extraña.

— Parece buen muchacho y es médico, no le molesta traer a Ofelia a casa... ¿Ya han salido? ¿Cuándo se harán novios? ¿O ya lo son y no me dijiste? — ¡Madre! — ¡Ey! — me regañó mi padre — Tu madre tiene razón. No respondí, no estábamos en la misma página y por alguna razón era Tony quien me venía a la mente. — Fernando es mejor partido que ese muchacho Tony... ¿Cuántos años tiene ya? ¿Cuarenta? — dijo mi padre mientras se sentaba a ver su programa de OVNIS nuevamente.— Fernando se ve más joven, más guapo... Tony parece enfermo, tan pálido el pobre muchacho — secundó mi madre.

Sin decir nada me fui a la cocina a hacer el café, era una rutina desde hace algunos años y bueno, la costumbre se vuelve ley además que me daba unos minutos a solas.

— Tu madre y yo no queremos que la pases mal. Tony es de un estatus más elevado que el nuestro, seguirle el paso es difícil para gente como nosotros, no me sorprendería verlo con una modelo extranjera; pero Fernando se ve que trabaja duro, tiene su propia clínica y no te faltaría nada con él.

No respondí nada, callada serví el café a los dos con el azúcar para cada uno: 1/4 de cucharadita para mi madre y media para él. Tomé el mío con más azúcar, crema y un paquete de galletas para huir a mi habitación sin correr... para no botar una gota de café. [Debes saber que en muchos sitios y para muchas familias es perfectamente normal que los hijos vivan con los padres antes de casarse].

En el trabajo la señora Margaret nos hizo una vista sorpresa, guiada por Hortensia quien le describía mejor el trabajo del equipo. Era la última oficina en el departamento de recursos humanos que visitaba y yo no había puesto atención a nada ni cuando mis compañeros se levantaron mientras seguía yo editando unas fotografías.

— Parece que estás lidiando más que con una fotografía, Ofelia. — Mmh...

— me volví de inmediato a mi izquierda viendo a aquella elegante señora de plateado cabello — ¡Señora Margaret! Perdón... — dije levantándome aunque fue más impulso por ver The Crown. — Dime tía Margaret, querida — me indicó que me sentara mientras me reía y me vio directo al rostro como sabiendo que algo realmente me estaba molestando.

Le conté la historia de una amiga, que en realidad era yo, cambié los nombres por otros, pero básicamente le dije que estaba en un momento de mi vida donde no sabía a donde ir, qué camino tomar. Había entrado a una carrera universitaria de la que no conocía nada y lo que realmente quería hacer ayudar a la gente, de joven no me parecía nada mal la idea de ser monja siempre y cuando no me encerraran; le dije que estaba entre dos hombres aunque poco a poco en lugar de ir viendo sus virtudes, me adentraba en un bosque tenebroso lleno de arañas gigantes. Le dije que mis padres deseaban al médico y no al "cocinero" porque el primero estaba a mi nivel "aunque era moreno" y el otro estaba muy arriba de mí.

La señora Margaret no era tonta, había entendido incluso la vergüenza de decirle los nombres reales, pero se enfocó en la historia. Tardó unos momentos para poder responder a mi monólogo de problemas bobos.

— Puedo confirmarte que... un padre siempre quiere lo mejor para sus hijos, pero a veces olvidamos que son ellos lo suficientemente adultos como para cometer sus propios errores, definirse por quiénes son y no de quién son hijos. Así que te sugiero decidas tú sola con qué hombre quieres estar y qué clase de trabajo te hará despertar sonriendo cada mañana — hizo una pausa, se acomodó para verme mejor y dijo —. El pasado ya no lo puedes tocar, pero tu futuro lo puedes mejorar confiando en tus instintos. Ve donde tu corazón te pide estar y no lo digo solo por tu trabajo sino a quien le darás tu tiempo como futura esposa, Ofelia. Piensa bien las cosas.

Capítulo 10

- 13 de Marzo, 2020 -

Aquel 2019 había sido un año un poco caótico en cuanto la parte familiar, amorosa... Seguía sin novio, pero con dos hombres rondando mi cabeza siendo uno un arbusto de espinas y otro era como agujas de hielo, ambos haciendo una carrera para ver quien lograba herirme primero... O bueno, así se sentía cada vez que sabía algo no agradable de ambos.

Tan solo dame un momento para darte todo el desorden. Primero mis padres que aunque no lo sientan me han influenciado en las decisiones haciendo que yo las sienta como propias o algunas cosas nunca han estado en la mesa para tomarlas y así fue como entré a un bachillerato que poco me gustó, igual entré a una carrera de "artista". Me dejé llevar, pero eso ya es pasado como dijo la señora Margaret; me quedaba saber qué quería de mi vida ahora.

Segundo, Tony y Fernando. hielo y fuego. Cada vez era solo para confirmar que la batalla era entre ellos y no realmente interesados en mí. Uno hacía mucho y el otro nada. Fernando, el alto moreno, médico cuya blanca sonrisa hacía sonreír a muchas... tenía una larga larga lista de "amigas" con quienes quedaba cada que podía incluso en su clínica. Sylvia marcó de tóxicas a tres ex novias. Tony por su lado era pálido, hermético y ni siquiera sus únicos amigos Andrew y Ana sabían lo que pasaba por su mente, solo sabían lo que ocurría hasta que ya no podía más. Cada persona que sabía del gusto anterior de Tony, desconfiaba al instante diciendo que era mejor ser engañada con otra mujer que con otro hombre... sí, perdonaban a Fernando por heterosexual y no a Tony por gustarle las personas.

Y en este caos que ya iba teniendo pies y cabeza, se sumó uno más... La pandemia de 2020. Era viernes 13 de marzo, justo a mitad del día cuando Hortensia nos llamó a la sala de conferencias, todo el departamento estaba allí viendo las noticias. El virus que inició en China, llegado a España e Italia, incluso a Estados Unidos y Chile, ya estaba en el país. Las imágenes que pasaban eran del aeropuerto siendo cerrado y de los diferentes supermercados llenos de gente esperando entrar con los carritos de compra.

— Tómense el resto del día. Cuando el señor D´arget diga que se hace, yo les avisaré. Tomen sus cosas y váyanse, por suerte es fin de semana. Vayan con cuidado.

En los siguientes veinte minutos todos estábamos guardando el trabajo que estábamos haciendo, lo subíamos a la nube para continuar en casa. Los teléfonos de la oficina y el celular de Hortensia sonaron, las secretarias y ella hablaron por casi cinco minutos para luego anunciar que los departamentos de relaciones públicas y relaciones humanas cerrarían. Después de esa noche los restaurantes se verían obligados a cerrar también, los huéspedes deberían quedarse más de lo esperado aunque la cocina y mucamas estarían en riesgo por lo que al menos el fin de semana empezarían las medidas.

Varios salieron corriendo por sus hijos al colegio o escuela, otros por sus padres que trabajaban y llevarlos a casa. Ese día era una locura. Hice una llamada a mis padres y mi madre me dijo que papá ya estaba en casa, no saldría para nada por su diabetes. Estaba tranquila, mi hermano también estaba en casa, solo faltaba yo que terminaba de subir los archivos a la nube para luego apagar la computadora. Me llevé todas mis cosas como si me hubiesen despedido.

Iba ya entrando al Portalito cuando vi que Tony despedía a los últimos clientes ¿Qué hora era ya? Sentí mi estómago crujir y deseaba que Tony no escuchara, pero se volvió hacia mí. Se arregló el saco y preguntó.

— ¿Alguien vendrá por ti? — indagó aunque parecía saber algo.
Negué un par de veces con la cabeza mientras mordía mis labios por dentro — no que yo sepa — dije sin moverme y Tony sonrió muy leve.
— ¿Puedo llevarte? — tampoco se movió, pero me veía muy atento y asentí tres veces rápidamente — Espera, por favor, solo debo ir por algo.

Entró al restaurante dejando la puerta abierta, en menos de tres minutos salió con una bolsa de papel café, su abrigo, paraguas y las llaves en la mano derecha cerrando de nuevo la puerta. Me indicó que lo siguiera pasando el lobby, caminábamos muy cerca como si no quisiera perderme de vista. Scarlett nos vio y gritó a Tony como pidiendo una explicación, pero él siguió hacia el área de estacionamiento donde un joven le llevó el auto inmediatamente.

Scarlett no nos alcanzó, pero al volverme vi que gritaba al jefe de los jóvenes, imaginé que les decía cosas realmente feas aunque los muchachos lo tomaron como profesionales.

Tony suspiró fuerte y con mucho alivio — ella está loca — dijo más para él que para ambos.

— ¿Scarlett? Pero siempre le has gustado.

— Le gusta el dinero, el lujo, no era yo realmente.

"¿Por qué saliste con ella?" pensé aunque no me atreví a decirlo ¿Cómo podría?

— Salí con ella, a cenar, una noche y fue suficiente para mí. Pero parece

que ella lo tomó como una petición de matrimonio.

Tony volteaba a verme cada que podía, pero sin quitar la vista del camino. Su forma de conducir era realmente diferente a la de Fernando, Tony era más de prever las acciones de otros conductores así no tendría accidentes por más pequeños que fuera y cuando podía conducía como un abuelo, de hecho él mismo me dijo que cuando empezaba a conducir lo molestaban mucho por eso.

— Pasaré por un café, espero no te moleste ¿Te gustaría algo? — dijo con ganas de decir otra cosa.

— No gracias, beberé con mis padres seguramente. Hoy más que nunca vamos a necesitarlo.

— De acuerdo, no quiero ser inoportuno — sonrió y calló un momento, dudaba —. La verdad es... quiero hablar de algo... Lamento mi actitud. He vivido temiendo al rechazo y todavía así siempre está cerca, no lo digo para que me tengan lástima... creí haberme enamorado, pero una de esas veces no pude siquiera confesar lo que sentía, la segunda me usó y la tercera... bueno, la tercera solo me contentaba con verla y decir excusas tontas como que salí a fumar, pero no fumo... — se aclaró la garganta y yo no le quitaba la vista de encima, más por lo último — La última me afectó más que las otras veces, no entendía cómo o por qué, pero verte con otro hombre hacía que algo se quemara por dentro... cuando crucé la calle el otro día, algo hizo que volteara, vi como él te besaba y tú a él. Supe que no podría esperar más y tenía que hablarte.

Se quedó callado dándose cuenta de que estábamos a unas calles de mi casa y que había cometido el error de hablar directamente, de decirme sutilmente que era yo esa última persona. Así que aparcó, resopló y se giró para verme directamente.

— Gracias por dejarme hacer un monólogo — nos reímos unos segundos y siguió —. Lo que quiero decirte es que, no quiero ponerte a decidir con presión, sino que decidas tú sola. Si lo eliges yo entenderé y serás una colega más. Nunca hablaré...

Cualquier idea que tuviese Tony en ese momento se había borrado. Sus hombros se relajaron, de hecho todo él se relajó.